

# AQUÍ EL TIEMPO ES OTRO

9. CUANDO DEJE DE LLOVER  
CENIZA  
DANIEL ASARO

SELECCIÓN DE TEXTOS  
DE AUTORES  
IBEROAMERICANOS



Daniel Asaro

**CUANDO DEJE DE LLOVER  
CENIZA**



## **Cuando deje de llover ceniza**

Hay algo en mi nuevo vecino que me provoca cierto tipo de rechazo atávico.

Nada en él es especialmente notable. Viste un traje gris ordinario, sombrero de fieltro de segunda mano y zapatos marrones que necesitan una buena lustrada. Debajo de la visera asoma el pelo negro, achatado en las sienes por el fijador y unas pocas canas revoloteando aquí y allá. Lleva unos lentes circulares en la punta de su nariz aguileña, velando unos ojos tan celestes que casise confunden con la esclerótica. No tiene más de cincuenta años.

Me da la espalda para observar el cielo, con una expresión que no logro descifrar del todo: disgusto por, sobre todo, pero algo más. Una especie de conocimiento previo que en modo alguno desea compartir. No de momento, en todo caso.

Despega los labios y noto el reflejo de unas cuantas muelas de oro en el fondo de sus carrillos. Es media mañana, alguna hora más allá de las diez según mi reloj de bolsillo, hasta que noto que se ha estropeado. Golpeo la esfera de metal con una uña y la

aguja del segundero se desprende el eje. Se ha detenido a las diez y tres minutos y ha caducado el reinado del sol: no tiene fuerza para ganar la calle. En cambio, cae una especie de lluvia sucia que no termina de cuajar y ni siquiera moja. Mi vecino forma un cuenco con la palma de la mano que, de inmediato, se llena de ceniza gris.

Se refriega la mano contra el muslo.

—¿Qué le parece esto? Esa maldita fábrica escupe esto al cielo. Día y noche. Día y noche—  
murmura.

No tengo idea como se responde un comentario así. Sigo el rastro de su mirada y sí, veo una especie de chimenea industrial formada por ladrillos negros. Despide una gruesa columna de humo gris que lacera el cielo.

La calle está desierta. Es un vecindario de casas bajas. Los árboles agonizan: si uno se tomara el trabajo de rasgar sus cortezas, no encontraría el menor rastro de savia. No hay nadie más en la cuadra. Una vía atraviesa el centro de la calle y desaparece en la siguiente esquina, sepultada por la niebla del este. El aire está impregnado de un olor acre y picante, como si en esa fábrica se estuviese faenando algo aún capaz de

gritar.

De pronto añoro mi cama y todo lo que deseo es meterme en ella y cubrirme con la manta hasta la coronilla.

*Las vías.* Los rieles están relucientes. Lo único que arranca destellos en ese día opaco.

—¿Aún pasan los trenes por aquí?— le pregunto. Mi voz no despierta eco. En la casa de enfrente, una mano sarmentosa y cubiertade manchas descubre unas cortinas amarillentas y, al ser descubierta, se detiene. Los dedos desaparecen detrás de la tela. Las cortinas se agitan y vuelven a su sitio.

—Ya no— contesta el hombre. Su tono no tiene la menor inflexión—. Dejaron de pasar hace tiempo. A veces el traqueteo rompía los cristales. La gente corría las cortinas. Metían trapos mojados debajo de las puertas para que no entraran el humo o el olor.

—¿Dónde está esa gente?

Se encoge de hombros. Me observa sobre el marco de los lentes. Sus pupilas tienen un brillo pesaroso y al mismo tiempo, despiadado. Ojos incapaces de verter lágrimas.

—Schütz. Me llamo Schütz— se presenta, pero no espera nada a cambio. Camina con lentitud hacia la

cerca que contiene un césped amarillento, tan condenado como todo aquello que lo rodea. Su puerta está entreabierta. Le echa un último vistazo a la chimenea. Se sacude la ceniza de los hombros. Entra a la casa.

*Tengo un sueño horrible.* No logro recordarlo del todo. Sólo la sensación que algo me comprime el cuello hasta cerrar toda vía de aire. La casa está impregnada de un silencio ominoso. A través de las cortinas plegadas, veo un haz de luz ceniciento. No tengo manera de saber qué hora del día es. O si es de día. Todo lo que hago es encoger los pies bajo las mantas. Por mucho que lo demore y mantenga los ojos cerrados, llegará el momento en que tendré que bajar del lecho. Caminar hacia la puerta. Salir a la calle.

Schütz lleva el mismo saco gris, que se ha descosido en el hombro derecho. Ha olvidado ponerse la corbata y ese detalle, en un hombre que presumo estructurado hasta un límite ceremonial, entra en la categoría de pecado venial. Lo saludo a la distancia con un ligero movimiento de cabeza. El rechazo que me produce su presencia se instala de inmediato en la boca de mi estómago, como si me hubiese dado un atracón

de comida en mal estado.

Me da la espalda para enfrentarse a la monstruosa chimenea de ladrillos negros, que convierte el día en el lienzo sucio, pintado por un artista demente. La ceniza baila en el aire, a merced de la siguiente racha de viento. Ya ha cubierto el césped amarillento, unos cinco centímetros por lo menos.

El hombre se vuelve para observarme. Lejos, muy lejos, creo oír el silbato de un tren, pero la niebla provocada por la chimenea seguramente distorsiona los sonidos. Abre la boca no para hablar, eso lo sé aún antes que se embuta dos dedos en la boca para tocarse los huecos sangrantes en el fondo de sus mandíbulas. Sus muelas de oro han desaparecido. Alguien se las ha arrancado: incluso noto los pellejos desgarrados de sus encías. La sangre le corre por las comisuras de los labios y se pierde debajo del cuello mugriento de su camisa, desprendida en el primer botón. Escupe un gargajo turbio contra la cerca. Se cubre las mejillas laceradas con una mano. Esta vez soy yo quien lo deja sólo en la calle desierta. Sólo cuando sello la puerta con la tranca de madera,dejo escapar el aire en una ráfaga aterrada.

Hay un gran reloj de péndulo colgado de la

pared principal, en la sala. Cuando miro la esfera, el péndulo golpea contra el lateral de la caja de madera, rajándolo...y luego se detiene. El vidrio se astilla, pero no se rompe. Detrás de la telaraña veo que la aguja se ha parado a la misma hora maldita: las diez y tres minutos.

Cuando abro los ojos, veo una soga de cáñamo sujeta a la viga principal. Oscila violentamente de un lado a otro, como si un cuerpo invisible colgara de ella.

Schütz parece estar encogiéndose dentro del traje. Ya no lleva su sombrero y un mechón de pelo mugriento le cae sobre la frente. La suela de su zapato derecho se ha desprendido y cuando pisa de ese lado, hace un chasquido similar a una lengua seca contra el paladar. Se acerca a la vía, resuelve agacharse y apoya la mano sobre los durmientes.

—*El tren*— susurra.

No hay espejos en mi casa. Ni siquiera uno.

Lo que hago es ir hasta el baño, y tapar el desagüe de la pileta con un trapo. Dejo que la canilla lo llene hasta el borde. Cierro la llave. Espero que el espejo de agua se calme y sólo entonces busco mi

reflejo. Recuerdo mi cara y un remolino de recuerdos agita el polvo de mi conciencia, aunque no asoma la superficie. Aún no. Revuelvo mi cabello rubio, casi blanco; el rostro en el agua tiene una lividez que casi lo hace traslúcido. Agito el espejo líquido con la mano y al mismo tiempo susurro una plegaria al dios del que siempre renegué. No sé si la memoria se niega a subir a la superficie, o soy yo quien se empeña en mantenerla enterrada en el cieno de la conciencia. Cuando las ondas en el agua se aquietan, levanto la cabeza y veo la marca en el cuello, justo encima de la nuez de Adán.

Las marcas que solo pueden dejar los nudos de una sogá de cáñamo.

Lo que hago esa misma mañana interminable, que no viene del amanecer ni confluirá en el crepúsculo, es descórrer apenas la cortina sabiendo que él estará parado a cinco metros detrás de mí cerca, en la vereda, de espaldas a los rieles.

*Schütz.*

Y allí está: con la cabeza entre los hombros, los ojos sepultados en las cuencas, que se han decolorado aún más; los pómulos hundidos porque ya carece del armazón de la dentadura. Haperdido casi todo el pelo

y el poco que conserva en las sienes, es completamente blanco. No puede haber encanecido de un día para otro, (*¿qué día???*) y sin embargo ahí está, apesado entre el pliegue de la cortina y el vano de la ventana: su versión decrepita. Ya no tiene el saco, se ha arremangado la camisa mugrienta y su pantalón está agujereado en media docena de sitios. Está descalzo: veo las pisadas sangrientas que lo han llevado hasta el frente demí casa. En la bragueta tiene un lamparón de meado.

Cierro la cortina. Sigue lloviendo ceniza.

El sueño es vívido, pegajoso y se mantiene allí flotando aun cuando la conciencia sube a la superficie, con la violencia de la cola de un tornado que, al fin, toca tierra.

Hay dos hombres y un chico que no puede tener más de trece años. Los tres visten uniformes color caqui, pero le han dado al niño un capote que le cubre hasta los tobillos. La nieve danza alrededor de ellos, mezclada con la ceniza.

Me han subido a una especie de escalón hecho con durmientes. Estamos debajo de un viejo ciprés que el humo de la chimenea ha secado, pero tardará en

caer, si es que cae algunavez.

El mayor, el único que carga una insignia en el uniforme, se echa la correa de la ametralladora detrás de la espalda y lanza una soga de cáñamo sobre la rama más gruesa. Tiene una destreza natural para hacer el nudo corredizo. Llevo las manos atadas en la espalda.

Ajusta el lazo sobre mi cuello.

El otro soldado empuja al chico y dice, escupiendo tabaco:

—¡Davai pascan! ¡Budi muzhikóm y sdelai eto!

No conozco el idioma, sé que es ruso y lo he escuchado infinidad de veces, pero sólo en el sueño, le encuentro el significado.

*“Hazlo, muchacho. Hazte hombre”.*

El sargento ruso se mira el reloj de la muñeca y alcanzo a ver la hora: son las diez y tres minutos de la mañana.

El niño necesita de cinco patadas antes de voltear el banco.

No hay sueño, ni siquiera un *intermezzo*: estoy de pie, no en la vereda sino en el bordillo. A menos de diez pasos está la vía. Los durmientes tiemblan: reparo en esa imagen antes que en el sonido: un silbato ululante que,

de algún modo, asocio al chillido de una bruja en la hoguera.

*Viene el tren.*

Intento subir a la vereda, aunque sé de la futilidad del gesto. Lo que sí puedo hacer es torcer el cuello.

Schütz camina hacia mí.

Viste un uniforme a rayas celestes y blancas. En el bolsillo de la chaqueta tiene bordada una estrella amarilla. Levanta el brazo izquierdo y se arremanga: en la carne magra del interior del antebrazo, aún se ve el número de serie: 57880, acompañado de un triángulo negro y encima, una barra del mismo color. Había sido uno de los primeros prisioneros del campo, uno de cosecha añeja. Sobrevivir desde el inicio era digno de respeto. El triángulo y la barra significan que trató de huir, era reincidente o había fomentado la rebelión. Lo recuerdo. Un grano purulento.

*—Herr kommandant—* me llama.

Llevo mi uniforme negro de las SS *Sturmbann*, con la insignia de la calavera y los huesos cruzados.

Señalo al judío con el dedo índice e intento darle una orden. Una vez hice que un prisionero le disparara a la cabeza a su mujer, mientras recorría la garganta

del hijo de ambos con un cuchillo. *“Ella o el chico. ¿Cuál de los dos, judío?”*. El hombre había jalado el gatillo. Segundos después degollé al chico. Hice durar al padre un tiempo más.

No habla. Espera que todas las puertas de las casas se abran y sus habitantes salgan a la calle.

*Cientos.*

*Miles.*

Al final de la calle veo el lugar donde confluyen las vías, el enorme edificio, la entrada y la arcada con la inscripción: *“Arbeit Macht Frei”*.

*“El trabajo libera”.*

*Auschwitz.*

Se alinean a lo largo de la cuadra, apiñados, acostumbrados como están a vivir hacinados. Fantasmas polvorientos vestidos con pijamas a rayas. Hay mujeres y niños entre ellos, algunos de pie, otros sobre los hombros escuálidos de sus padres; incluso veo un bebé que chupa las dos gotas de leche agria que brotan de la teta flácida de su madre. Su berrido se impone al silbato del tren. No hay manera de disipar el hedor que despiden sus cuerpos putrefactos. De hecho, apestaban aún antes que se abriera el portón del campo. Su raza hiede. Se lo escupo a Schütz en la cara.

“*Su raza maldita hiede*”. Me dedica su sonrisa desdentada y veo algo en ella que sólo había visto unas cuantas veces, en la cara de algunos *kapos* y en una enfermera alemana que arrastraba los pies, aunque no debía tener más de treinta años.

*Piedad.*

Ese cerdo me dedica una mirada piadosa. Intento escupirle la cara, pero tengo la boca seca.

Detrás, la monstruosa chimenea que ventea los hornos crematorios suelta un último eructo cargado de cenizas y al fin seapaga.

—Yo fui el último, *Herr Kommandant*. Estuve a punto de salvarme, pero me persiguió a través de la barraca hasta encontrarmedebajo de las tablas de la letrina. Me disparó. Justo aquí, ¿lo ve?

Schütz se mete un dedo dentro de la sien derecha, hasta laprimera falange. Un pedazo de cráneo cede y cae al asfalto.

—Fui su perdición. Perseguirme le impidió escapar. Los rusos lo atraparon a un par de kilómetros del campo y lo ahorcaron del primer árbol que encontraron. Veo que empieza a recordar. El tren sólo entrará al andén cuando lo recuerde todo. Usted les decía a sus soldados que le guardaran las dos

últimas latas de *Zyklon B* para verter en las tuberías de las ventanas especiales que daban a las duchas. Después se pasaba horas mirando por la mirilla, como los nuestros se retorcían y morían, unos sobre otros, tratando de auxiliarse, de tapar las ventilas, de tragarse todo el ácido ellos mismos para salvar al resto. Muchos hacían eso y usted los detestaba más que al resto. Nunca pudo entender esa clase de sacrificio. Ni que algunos de nosotros lo mirara directamente a los ojos antes que apretara el gatillo. Muchas de esos ojos se abrían cuando usted dormía, *Herr Kommandant*, y lo observaban desde dentro de su alma pútrida. Usted siempre se las ingeniaba para nublar esas miradas, pero ahora todos esos ojos están abiertos. Ya nadie puede cerrarlos.

Desde la esquina veo la nube de humo que anuncia la llegada de la locomotora. Es negra y carga tantos vagones de madera que se pierden de vista. El tren traquetea, suelta una bocanada de humo negro y toma la última curva antes de enfilarse hacia la cuadra.

Los prisioneros se alinean a ambos lados de los bordillos.

El silencio solo se rompe con el susurro del vapor de las calderas.

Los vagones están atestados, pero no de judíos, gitanos, deformes, romaníes, comunistas, liberales, homosexuales, clérigos o delincuentes comunes. Veo un enjambre de dedos entre lastablas de los carretones, bocas entreabiertas que intentan sorber algo de aire, lenguas extendidas que aguardan por una sola gota de rocío que resbale por el techo del vagón. Dedos agarrotados, la mayoría de ellos con anillos de sello *Totenkopfring* en el anular, el símbolo de la calavera que distinguía a los miembros de las SS. El griterío se impone. Son aullidos animales y esta vez le encuentro un sentido: es el terror de mi especie, no el chillido desquiciante del judío. Pero el tufo que se desprende de los vagones es parecido: cuando baja la rampa y Schütz me empuja hacia delante, ese hedor me azota de frente y vomito sobre mis botas.

El vagón está lleno de oficiales y soldados de las SS. Supongo que habrá otro para los de la Gestapo, los líderes de sección, los oficiales, los jefes.

Cuando piso el suelo del tren, la rampa sube y sella la entrada con el mismo sonido inexorable de la trampilla que se abre debajo de los pies del condenado.

Todos allí dentro me miran durante un puñado de segundos. Luego vuelven a aplastarse contra las

paredes del vagón, aporreando la madera, llorando, cagándose y meándose encima.

La locomotora deja escapar una dantesca nube de humo. Aprovecho el terror que eso produce a la mayoría de los condenados y logro hacerme lugar en el tabique que da la casa de Schütz. Lo veo una vez que se disipa el humo y otra vez aletea en su cara la misma mueca de insultante piedad.

Y desaparece.

La formación se aleja y a medida que lo hace, los millares de judíos se desvanecen como gotas de lluvia sobre una ventana. Las líneas de las casas se difuminan. Incluso las vías que dejamos atrás se hunden en la niebla.

El tren cobra velocidad.

Sé que no va a Auschwitz, a Bergen-Belsen, ni a Chelmo o Dachau, sino a algún lugar infinitamente peor.

Intento ventear el aire a través de las hendijas y noto un reguero de orina caliente que me corre por el muslo. Alguien vagamente familiar me toca el hombro. No vuelvo la cabeza. No tengo el menor interés en mirarlo.

—*Herr Kommandant*— susurra. Su saliva y sus

lágrimas mojan mi mejilla. Es un subalterno, casi un niño a juzgar por su voz—.

*¿Dónde vamos? ¿Dónde va este tren?*

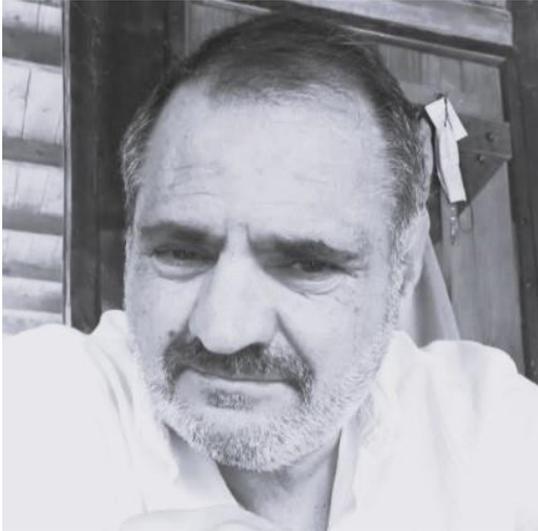
Cae de rodillas.

Aspiro todo el aire, pero es insuficiente para llenar mis pulmones.

Enfrente logro ver un túnel tan negro como un horno crematorio. Y cuando miro hacia atrás, tengo la última visión de la chimenea de ladrillos negros.

Al fin, ha dejado de llover ceniza.

## DANIEL ASARO



Daniel Asaro, nacido en 1962, en Argentina, la ciudad de Mar del Plata. Autor de los relatos cortos y novelas en diversos géneros. Publicado en las editoriales locales “Rhe Editores” y “Dunken”. Utiliza los recursos del terror y de ciencia ficción, pero también aborda de manera regular temas como la infancia, racismo y violencia de género brindado un relato social realista.



Título: Cuando deje de llover ceniza.  
Autor: Daniel Asaro.

Edición digital Hoja en Blanco: Octubre, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

[www.hojaenblancoeditorial.com](http://www.hojaenblancoeditorial.com)

